

Elogio/s de la violencia: notas sobre el discurso del ‘amor’ (y el odio) en Cambiemos

Mercedes Barros
María Marta Quintana
IIDyPCa, CONICET-UNRN

El amor se narra como la emoción que energiza el trabajo de dichos grupos; el amor es lo que mueve al grupo a buscar defender la nación en contra de otros cuya presencia se define entonces como el origen del odio.

Sara Ahmed

Detrás de cada propuesta, de cada reforma, de cada transformación está la responsabilidad y el amor con que he tomado esta tarea, y siempre pienso en qué es lo mejor para todos los argentinos.

Mauricio Macri

Introducción

En el marco de sus estudios sobre los afectos, Sara Ahmed plantea algunas preguntas inspiradoras para el análisis que aquí nos proponemos realizar. En su libro *La política cultural de las emociones*, la autora escribe: “¿Qué significa defender el amor cuando uno se sitúa al lado de algunos otros y en contra de otros *otros*?” (p. 191). Y a la inversa, “¿cómo funciona el odio para alinear algunos sujetos con algunos otros y en contra de otros otros?” (pp. 77-78). ¿Acaso existe una relación de contigüidad, de implicación o de vis-a-vis entre ambos afectos? Desde nuestra perspectiva, la relación entre ‘el amor’ y ‘el odio’ que conceptualiza la autora resulta productiva para abordar el discurso del gobierno actual. Puesto que si hay algo que caracteriza las escenas enunciativas del macrismo es la apelación constante al ‘amor’. En efecto, en varias ocasiones escuchamos a Macri decir: “Nosotros les vamos a demostrar desde el amor y el hacer que hay otra forma de encarar la vida”¹; o “Lo estamos haciendo con coraje, con amor, este es nuestro país, acá viven nuestros hijos”². No obstante, ¿quiénes son lxs destinatarixs del amor macrista? ¿Es posible -considerando las políticas represivas del gobierno- hablar de amor y engendrar y/o

¹ Véase https://web.facebook.com/mauriciomacri/posts/vamos-a-demostrar-desde-el-amor-que-hay-otra-forma-de-encarar-la-vida-los-argent/10155996951383478/?_rdc=1&_rdr6 November 2017

² Véase <https://www.mendozapost.com/nota/102082-esperanza-alegria-y-amor-el-discurso-new-age-de-macri/>

movilizar el odio y la violencia? ¿Son acaso el amor y el odio dos caras de una misma práctica y retórica partidaria, que lejos de ser contradictoria organiza una lógica excluyente? En síntesis, ¿cómo se vinculan el amor y el odio en tanto economías afectivas en el discurso del macrismo?

A la luz de estos interrogantes, en esta presentación buscamos comprender -al menos tentativamente- la performatividad de la retórica del amor en la narrativa política del macrismo. Para ello nos detenemos en dos fragmentos aparentemente dispersos de la actuación pública del gobierno: la exhibición reciente de una imagen de Romeo y Julieta en el frente de la Casa Rosada y el elogio al policía Chocobar. Pues entendemos que ambos episodios resultan significativos para el análisis; por un lado, como aspectos distintivos de una regularidad de significaciones mediante las cuales es posible delimitar los contornos del discurso de Cambiemos; por el otro, como reificaciones de un *status quo* que opera sobre la base del clasismo, racismo, heterosexismo, otorgando un estatuto diferencial a los cuerpos deseantes y deseables, a las vidas vivibles y a las desechables.

Primer fragmento: Romeo y Julieta

El 14 de febrero de este año, el gobierno de la Alianza Cambiemos vistió la fachada de la Casa Rosada con una gigantografía de Romeo y Julieta, réplica del cuadro que pintó Francis Dicksee en 1884, y aclaró en las redes sociales que se trataba de un “homenaje al amor universal”, dirigido a “todos los enamorados, a todas las personas que se aman” (*La Nación*, 14-02-2019). De ese modo, no solo nos anoticiábamos de que el macrismo celebraba el “Día de San Valentín”, como si se tratara de una política pública, sino que en tiempos de marea verde y violeta, elegía mostrar -una vez más- su preferencia por el amor romántico³. No obstante, cabe preguntar, además de un apego melancólico al contrato heterosexual, que tambalea frente a un movimiento que tiene bajo sospecha ‘la pareja’ (y también ‘la familia’) como máquina productora de violencia sexoafectiva, ¿que más nos dice esta “celebración del amor” sobre la narrativa macrista?

Desde las elaboraciones de Freud en adelante, mucho se ha escrito sobre el lugar del amor en la construcción del lazo social y político. El amor al líder se reconoce como un rasgo constitutivo y crucial en la formación de las identidades colectivas, en tanto emoción que al ser compartida por y con un otro (y otros) permite la unión y la fraternidad. Asimismo, fenómenos tales como el fanatismo, el patriotismo y el nacionalismo encuentran parte de su explicación en el lazo amoroso que se establece entre miembros de una comunidad a la que reconocen como propia. Sin embargo, ¿qué papel cumple el amor en los discursos políticos que se presentan como “progresistas”? En otras palabras, ¿cómo funciona la apelación al amor en discursos próximos al liberalismo político, como es el caso de la actual coalición que gobierna en nuestro país? ¿Qué sucede con el amor en discursos aparentemente alejados de las pasiones fanatizadas, donde -por el contrario- se lo asocia con la posibilidad de incluir al otro diferente? ¿Qué implica

³ Todos los diarios, 14 de Febrero 2019.

la celebración del amor aparentemente benévola, despolitizada y neutral, como puede ser el gesto de exhibir el beso de Romeo y Julieta, que nos propone Cambiemos? Veamos.

En un spot de campaña del año 2015, a través de la voz e imagen de Gabriela Michetti, la Alianza Cambiemos afirmaba:

“La política sin amor no sirve para nada. El cambio que queremos hacer sirve para unirnos, para poner a la política a trabajar para la gente”⁴.

Y en otra oportunidad, también en el contexto de campaña, el candidato presidencial, Mauricio Macri, decía:

“Yo sé que puede dar miedo, pero el coraje y el amor pueden con el miedo. Denme la mano y vayamos juntos. Vamos juntos, hoy más juntos que nunca”⁵.

Lo que ponen entonces de manifiesto estos pasajes -como otros de la narrativa gubernamental-, es una propuesta afectiva, que invita a seguidores y opositores a una instancia de concordancia (al estilo de un certamen de parejas) que permita, más allá de las diferencias políticas y sociales, la unión amorosa y/o amistosa de las y los involucrados. La apelación reiterada de Cambiemos a la “unión de todos los argentinos”, la convocatoria a los que están “del otro lado de la grieta”, a “los que piensan diferente”, son fruto de una gramática del amor que, como veremos, se organiza por medio de ciertas idealizaciones y requiere, para lograr su propia existencia y coherencia interna, exteriorizar el odio, ubicándolo -de manera arbitraria- fuera de sí. De este modo las evocaciones odiosas de Cambiemos son resignificadas como expresiones de amor, puesto que el odio -en tanto afecto- pertenece exclusivamente a los otros; es decir, a los que el macrismo identifica como los instigadores de una emoción que se opone al amor y por ende a su proyecto político.

Pero para poder entender esa resignificación que produce Cambiemos, o sea, ese trastocamiento de su propio odio en amor, resulta necesario ahondar en las idealizaciones que sostienen e informan la propuesta -amorosa- de la coalición gobernante. Como sugiere Ahmed -siguiendo a Freud-, el amor, en tanto vínculo afectivo con otros, supone *un* y sucede en relación con un ideal, que a su vez toma forma como efecto mismo de esa vinculación. En este sentido, respecto de discursos similares a los que nos proponemos analizar aquí, donde el amor toma un lugar en cierto modo más benévolo que en los discursos fanatizados (puesto que no implica amor por otros como yo sino por otros presuntamente diferentes), la autora advierte que la vinculación que este amor permite entre individuos y con colectivos por medio de su identificación con un ideal, depende de la existencia de otros “otros” que han fracasado en alcanzar ese mismo ideal. Veamos entonces esta operación de idealización en el propio discurso de Cambiemos para luego,

⁴ Véase en https://www.youtube.com/watch?v=VTYQ_H3X7EM

⁵ Todos los diarios, 19 de julio 2015.

en el próximo apartado, analizar las implicancias respecto del odio y de la violencia que conlleva.

Desde que asumió la presidencia, Macri insiste en la idea de que su gobierno llegó para “dejar atrás setenta años de frustraciones y crisis recurrentes”. En un fragmento del discurso que brindó con motivo de la celebración del Día de la Independencia, en julio de 2018, decía lo siguiente:

El futuro está ya empezando a surgir para salir de crisis recurrentes que nos lastimaron durante 70 años” (...) “Ya no hay un Estado que aplasta, que pone trabas, hay un Estado que los apoya a crecer y que no cambia las reglas de juego y ni aún en las tormentas⁶.

Y unos meses más tarde, reiteraba:

Ahora que entendimos que hay que vivir con la verdad, que hay que trabajar en equipo, dialogar y apostar a la transparencia y que no puede haber más impunidad frente a la corrupción. Con esos valores en la mesa, no de un día para otro, porque no vamos a construir en dos años lo que no hicimos en 70 años, vamos a estar un poco mejor⁷.

En tándem, varios funcionarios de su actual gobierno reforzaban –y lo siguen haciendo- ese diagnóstico del pasado, recreando un escenario prolongado en el tiempo de déficit fiscal, inflación y gasto público desmedido, que eventualmente sería el causante del estancamiento de la economía argentina. La crítica, por supuesto, se extendía –y extiende- a la dirigencia política responsable del descalabro y de la propagación de la corrupción, la demagogia y la mentira.

En su crítica entonces hacia el pasado del país, y hacia los responsables de su larga “historia espantosa”⁸, repleta de fracasos, se deja entrever el presente y el futuro que Cambiemos imagina e idealiza respecto de la Nación argentina y sus ciudadanos. En consecuencia, en la apertura de sesiones legislativas del año 2018, el presidente afirmaba:

Ustedes me pusieron acá para emprender juntos este camino. Un camino distinto, que por fin nos está sacando de tantos años de repetir los mismos errores. (...) Durante mucho tiempo creímos que estábamos destinados a fracasar, y que resignarnos era nuestra única opción. Pero esa idea es falsa. Detrás de esa idea falsa, empezó a aparecer una Argentina unida y poderosa, empezamos a aparecer millones de argentinos unidos que decidimos cambiar y poner todo nuestro talento y esfuerzo en salir de donde estábamos. (...) Los argentinos tenemos todo para crecer, depende de nosotros y de nadie más. Estoy convencido de que vamos a hacerlo. (...) Nos dimos cuenta de que no sirve seguir culpando a otros de lo que nos pasa. Que crecer depende de

⁶ Agregar referencia

⁷ Todos los diarios, 23 de octubre 2018.

⁸ Palabras textuales del Presidente Macri en ocasión de la inauguración de obra pública en Bariloche, Río Negro. Véase diario Clarín, 3 de enero 2019.

nosotros y de nuestra capacidad de sentarnos a dialogar en una mesa, sin patoterismos ni extorsiones”⁹.

De ese modo, en una trama sobrecargada de crítica hacia una herencia demasiado pesada, y a su vez edulcorada con un “optimismo cruel” (tomando prestada la expresión de Lauren Berlant), que adolece de contenidos y satura en su individualismo, el macrismo construye su propuesta vinculante, a partir de un ideal de Nación que como tal es presentado como un objeto deseado y añorado que toma entidad en oposición a la realidad fallida y errante que la Argentina arrastra desde los años cuarenta.

Precisamente, hace setenta años (y un poco más) emergía el primer gobierno de Perón, y con él un movimiento que impulsó insoslayables transformaciones sociales y políticas, inaugurando una renovada embestida democratizadora que habilitó la inclusión de los sectores populares en la escena cultural, social y política del país. Ciertamente es que la irrupción de lo popular desbordó desde entonces los canales de participación y los arreglos de convivencia dominantes y definidos de acuerdo a parámetros tradicionales de clase, raza y género. En otras palabras, la ofensiva populista puso en cuestión el ordenamiento comunitario de la Argentina conservadora de principios de siglo, inscribiendo un antagonismo político perdurable que no ha cesado de exhibirse-escribirse en identificaciones políticas, que, aunque irreversiblemente alteradas, conservan su arraigo y capacidad de tracción.

De ahí que, desde la existencia misma de esa ‘realidad pasada’, el discurso de Cambiemos recrea un ideal de Nación y de sujeto ciudadano que repone varios de los aspectos de aquel ideal regulativo que encontró sus orígenes en la Argentina de fines del siglo XIX. Y es así, como una y otra vez, se evoca la necesidad apremiante de un acto (re)fundacional de la Argentina del nuevo milenio y se imagina la vuelta de una generación que “construye los cimientos de una nueva nación”. En consecuencia, posicionándose como la generación del cambio (el mejor equipo de los últimos 50 años equiparable a la generación del ochenta), la dirigencia de Cambiemos se imagina capaz de reestablecer los fundamentos, las bases de un ordenamiento que se ha visto amenazado por la revuelta populista de los últimos setenta años. En la construcción de un ideal de Nación, Cambiemos idealiza su propio papel en la historia del país, reivindicando un status diferenciado e iluminado en relación al resto de la dirigencia política actual. Dicho de otro modo, ese ideal retorna o devuelve a Cambiemos una idealización de sí mismo, que exalta su capacidad, esfuerzo, honestidad, y vocación por la verdad *vis-a-vis* con una dirigencia incapaz, deshonesto, fracasada.

En efecto, “cimentar las bases de la argentina” -frase que Macri repite en cada ocasión posible- ilustra el intento de reconstruir algo que se ha destruido o desplomado, y funciona como condición de posibilidad de su vocación de recrear un *status quo* desestabilizado para, de este modo, volver a delimitar (y fijar entonces) los espacios, las funciones y los roles esperables en una Argentina post populista. Se trata de “restaurar” los fundamentos de una sociedad blanca, de

⁹ Discurso presidencial, apertura de sesiones legislativas, 1 de Marzo de 2018. Véase el discurso completo [en](#):

origen europeo, de inmigrantes con vocación de esfuerzo y trabajo, porteño-céntrica, donde los argentinos vuelvan a encontrarse después de tantos desencuentros y enojos.

Por eso, podríamos sugerir que el beso entre Romeo y Julieta metaforiza la restauración que Cambiemos reclama, la vuelta a un pasado remoto, con lugares claros, y donde el gran conflicto que surcó la historia política argentina se resuelva de una vez por todas a partir de su extinción. En otras palabras, ese beso pone de manifiesto el objeto idealizado de Cambiemos: una argentina unida, que se despliega y desplaza en el reencuentro entre una mujer y un hombre, entre los Montescos y los Capuletos; entre una clase política que conoce y sabe dirigir los asuntos públicos y los sectores populares que aceptan su lugar y reconocen sus límites de participación; entre una clase empresarial (blanca, europea y heterosexual) y una clase trabajadora (provinciana, racializada y un poco perversa) que no pretende vivir por arriba de sus ingresos ni aspira a vivir por encima de sus posibilidades.

Con ese telón de fondo, entonces, se establece un lazo afectivo, amoroso, en tanto todos se identifican con esa comunidad soñada, crisol de razas, donde cada uno tiene un lugar claro y diferenciado. De modo tal, el lazo afectivo que nos tiende Cambiemos y la forma de convivencia que nos propone con el slogan “juntos sí se puede”, requiere de antemano -aunque no se explicita- la identificación con esa comunidad ideal. Pues esa idealización, que reconocemos como particular y originada en un momento histórico, y en los cánones de ciertos sectores sociales y políticos, se presenta como universal y capaz de absorber las diferencias políticas aparentemente irreconciliables. Sin embargo, esa absorción o inclusión encuentra su límite e imposibilidad en la existencia de otros *otros* que no comparten el mismo ideal. En este sentido, se trata de aquellos que cuestionan ese ideal, que muestran su origen contingente y arbitrario, que reniegan del lugar que les toca en la distribución de las partes, y que por ello son expulsados del diálogo, puesto que son percibidos como desagradecidos que no devuelven el amor que se les ofrece. Y este amor no correspondido, no tiene que ver con cómo se tiende el lazo afectivo, sino más bien con la incapacidad de ciertos grupos de amar; y por lo tanto, con su rechazo a convivir y a estar juntos con otros diferentes. Por eso son percibidos y caracterizados como los instigadores del odio... La existencia de peronistas, mapuches, negros, provincianos, inmigrantes latinos, que no se ajustan al ideal de ciudadanos de Cambiemos, muestra, por un lado, el límite e imposibilidad del ideal; pero a su vez lo hace posible, porque cuanto más impiden que ese ideal sea una realidad más coadyuvan al arraigo de esa idealización.

Segundo fragmento: el elogio a Chocobar, o acerca de cómo “los vamos a matar a todos” (y a todas)

El fragmento analizado arriba nos da más de una pista sobre la economía afectiva del discurso macrista, de su ideal de ciudadano pero también de sus zonas de abyección. Por eso es preciso avanzar en el análisis, puesto que la violencia simbólica del gobierno no escatima a la hora de traducirse en violencia institucional. En efecto, si hay otro rasgo -además de su repetitiva

invocación al amor- que caracteriza a la Alianza Cambiemos desde que asumió en 2015, es su repetido discurso de “mano dura”.

Entre las *performances* de la vocación punitivista del gobierno sobresale el elogio público (a principios de 2018) a un policía que asesinó a un joven por la espalda. La escenografía no fue nada más ni nada menos que la Casa Rosada, y los personajes de la composición -que la prensa amiga amplificó hacia cada rincón del país-: el presidente, la ministra de (in)seguridad Patricia Bullrich -adicta a y vocera predilecta de la campaña de mano dura del gobierno- y dos agentes de policía, uno de ellos Luis Chocobar. En ese lugar, dirigiéndose al asesino, Macri dijo: "Estoy orgulloso de que haya un policía como vos, al servicio de los ciudadanos"¹⁰. Si bien del análisis del apartado anterior es posible presumir quiénes son “los ciudadanos” del macrismo, que merecen protección, incluyendo la posibilidad de matar a quienes los ponen bajo presunta amenaza, y quiénes son los no-ciudadanos, las vidas innecesarias (de ser vividas y de ser lloradas) a las que se puede poner fin; de todos modos, cabe preguntar, ¿qué tienen en común los -nombres de lxs- muertos que se agolpan y condensan en el nombre de Chocobar: Juan Pablo Kukok; Santiago Maldonado; Rafael Nahuel; Facundo Ferreira... y las “malas víctimas” del aborto clandestino y la violencia de género?¹¹. ¿De qué cuerpos se trata y qué permiten comprender sobre el funcionamiento de la violencia del gobierno actual? Es decir, qué desocultan en relación con los *pasajes al acto* desde el odio y la amenaza a la destrucción de un cuerpo. ¿Cómo se vincula esto con el fragmento amoroso de Romeo y Julieta? Considerando, con Ahmed, que el odio no puede oponerse al amor, en tanto el sujeto se vincula con el otro a través del odio como un vínculo que lo devuelve hacia sí mismo (p.88).

Antes de abordar estos interrogantes, resulta inteligente una parábola que Toni Morrison enunció en el contexto de una conferencia de 1993, cuando recibió el Premio Nobel de Literatura, y que Judith Butler recupera en la introducción de *Excitable Speech. A Politics of the Performative*, para hacerla operar en el marco de una polémica en torno del discurso y los crímenes de odio en Estados Unidos. Dicha parábola alude a la cuestión de la violencia. En particular a la pregunta acerca de si el lenguaje es un medio, un instrumento, para representar la violencia o si acaso *es* él mismo violencia. Pues, en la parábola de la escritora, unos niños inician un juego -cruel, por cierto- preguntando a una mujer ciega si el pájaro que guardan en sus manos está vivo o muerto. A lo que la ciega responde negando y desplazando la pregunta: “No lo sé (...) sé que está en tus manos. Está en tus manos” (cit. en Butler, 1997: 23). De este modo, si Morrison ofrece una perspectiva sobre el lenguaje en tanto “cosa viviente”, Butler discute con aquellas autoras -como C. MacKinnon- que entienden el lenguaje como conducta (y reclaman la intervención estatal, esto es, la censura) y ocuyen el intervalo que existe entre ambos (es decir, entre discurso y acción). Y aunque no nos detendremos en este debate, sí nos interesa destacar, en la línea butleriana y a los fines de nuestro propio argumento, que si bien el lenguaje puede

¹⁰ Ver en: <https://www.lanacion.com.ar/2105660-mauricio-macri-a-chocobar-estoy-orgulloso-de-que-haya-un-policia-como-vos-al-servicio-de-los-ciudadanos>

¹¹ Como Lucía Pérez, de quien los jueces sentenciaron que "no era una chica sumisa" y "tenía relaciones con quien quería". Fuente:

asumir la modalidad de la amenaza (como por ejemplo, “los vamos a matar a todos”¹²), no implica de suyo el pasaje al acto -pese a que la oportunidad “está en tus manos”-, en tanto siempre cabe la posibilidad de que la amenaza sea depuesta, pospuesta, o incluso, desviada.

Precisamente, asumiendo que existe una distancia irreductible entre la alocución amenazante y la acción, esto último resulta sugerente para analizar las condiciones de posibilidad de dicho pasaje al acto, considerando que el gobierno actual hace alarde de una doctrina de cuño propio, que no solo habilita a las fuerzas de (in)seguridad a matar sino que además saluda la “justicia por mano propia”. (Recordemos que la ministra Bullrich valoró positivamente la tenencia de armas de fuego por parte de ciudadanos comunes, y afirmó la necesidad de protegerse del crimen organizado). En este sentido, es preciso comprender también la economía afectiva del odio que pone en juego el discurso de la Alianza Cambiemos. Así, continuando tras los pasos de Ahmed, es posible analizar los modos en que no solo se construyen fronteras entre un “nosotros” idealizado, portador de virtudes y valores (honestidad, solidaridad, vocación de diálogo), y una alteridad abyecta, sino cómo el odio, que “genera su objeto como una defensa contra una lesión” (p. 78), se dirige hacia una multiplicidad de otros, de figuras amenazantes, que al ser caracterizadas como instigadoras de daños también resultan (auto)merecedoras de violencia.

Más arriba preguntábamos qué tienen en común Rafael Nahuel, Juan Pablo Kukok, Santiago Maldonado, Facundo Ferreira, además de haber sido asesinados por la fuerza de (in)seguridad. Desde la óptica de Cambiemos son, justamente, quienes no solo falla(ron) en alcanzar el “nosotros” idealizado, sino quienes lo ponen bajo amenaza con su odio y violencia. En este sentido, las operaciones discursivas del gobierno, tendientes a justificar la violencia estatal, son abrumadoras. Sencillas, pero abrumadoras por su cantidad y repetición. Por ejemplo, a dos días de la muerte de Rafael Nahuel por responsabilidad del grupo Albatros, la ministra Bullrich decía lo siguiente:

“Ya lo hemos vivido los argentinos y esto es una decisión muy de fondo, habla muy en claro donde está la ley y qué tiene que hacer cada una de las fuerzas federales que están bajo nuestra conducción”.

“Se ha planteado un diálogo, estamos totalmente abiertos al diálogo con todo grupo pacífico. Que todos puedan tener una protesta o reivindicación y quieran resolver los problemas dentro del marco de la ley, (pero) no habrá un diálogo con grupos violentos. Se acabó el mundo al revés”.

Mientras que, por su parte, Garavano agregaba:

“El Gobierno siempre ha estado abierto al diálogo, generado espacios que permitan encontrar soluciones, lo que el Estado argentino no puede permitir bajo ningún concepto es la violación de la ley, la extorsión o la violencia como forma y poner en crisis al estado de derecho”.

¹² <https://www.pagina12.com.ar/81125-los-vamos-a-matar-a-todos>

"El Gobierno construye y apoya todo lo que tenga que ver con la paz, con lograr sociedades más pacíficas y tiene que haber un repudio generalizado de estos grupos (como la RAM) que usan la violencia"¹³.

Asimismo, la caracterización de los mapuce como grupos de extrema violencia también circuló por doquier durante la desaparición forzada de Santiago Maldonado. Y más aún, recientemente, luego del vergonzoso cierre de la causa, la misma Bullrich decía lo siguiente:

"La verdad le ganó al relato. La Justicia cerró la causa por la desaparición forzada de Santiago Maldonado y absolvió al gendarme Emmanuel Echazú".

"Mintieron, quisieron engañar a la sociedad y generar miedo; hoy logramos dar un paso más hacia la Argentina de la ley y la verdad"¹⁴.

Por consiguiente, dentro de esa matriz discursiva, que se consolida en su repetición, Chocobar no es el criminal que asesinó en el suelo a un joven desarmado, sino el héroe que mató a un ladrón en defensa de "los ciudadanos" (que aman y son amados por su país). Más aún, todos los Chocobar "nos" defienden del odio de otros; más precisamente, de los que odian "nuestra" forma de amar la Argentina buena, blanca, trabajadora, meritocrática... y su correlato de identidad nacional, de argentinidad. Lo que tienen en común lxs muertxs del macrismo, siempre desde su perspectiva, es la incapacidad, a causa de su propia 'naturaleza' odiadora, de formar lazo afectivo y de devolver amor a "nuestra" comunidad amada. Pues, lo que devuelven es odio; condición, no obstante, *sine qua non*, para la existencia de esa comunidad fantaseada, idealizada.

En efecto, para que esa comunidad -del amor, la verdad, la honestidad, los valores, y el diálogo- tome cuerpo, es preciso identificar las figuras del odio (indios, negrxs, ladrones, pobres, usurpadores, inmigrantes, insumisas, aborteras), en tanto el "nosotros que amamos" no preexiste a esa operación; sino que, por el contrario, se funda en ella. No obstante, también es importante advertir que dichas figuras trabajan metonímicamente. Como destaca Ahmed, lo que las hace "parecidas" es su "falta de parecido" con "nosotros". En este sentido, el odio no se puede encontrar en una figura, sino que funciona para crear un contorno de diferentes figuras u objetos de odio, que son reunidas en una narración que las posiciona como una "amenaza común". Ergo, esto significa que las emociones funcionan como una forma de capital, en tanto el afecto no reside positivamente en el signo o la mercancía, sino que se produce como efecto de su circulación (pp. 80-81). Por eso, en palabras de dicha autora, "la imposibilidad de reducir el odio a un cuerpo en particular permite que el odio circule en un sentido económico, funcionando para distinguir a algunos otros de otros otros, una diferencia que nunca termina, en tanto está

¹³ Fuente: <https://www.perfil.com/noticias/politica/garavano-y-bullrich-realizan-una-conferencia-de-prensa.phtml>

¹⁴ Fuente:

<https://infocielo.com/nota/98972/la-provocadora-frase-de-patricia-bullrich-para-anunciar-el-cierre-de-la-causa-por-la-desaparicion-de-maldonado/>

esperando a otros que todavía no han llegado” (p. 84). Y es este discurso, que Ahmed sintetiza como el discurso de “ahí viene el Coco” (para nosotros, el Cuco o los Kukas), el que justifica la violencia contra unos cuerpos que ponen en riesgo la Nación y sus significantes contiguos.

Luego, está claro que lo que se amontona en los nombres de Chocobar/Bullrich son los “cuerpos odiados”, los que hay que des-hacer (en el extremo, desaparecer) para producir y conservar el objeto amado: la Argentina blanca, europea, desperonizada, deskirchenizada. Pues ahí radica una de las claves para pensar las condiciones de posibilidad de los pasajes al acto que acaban con las vidas *precarizadas* por el propio Estado -en nuestro caso, bajo la conducción de Cambiemos- que, en una artimaña metaléptica, dice actuar contra los que odian y en defensa de los bienamados. Sin embargo, los odiadores identificados como tales por Cambiemos son los signos del odio del propio gobierno, son los contornos abyectos de su identidad política, y de una memoria discursiva que reabre historias y asociaciones de exclusión. Pero, como ya sabemos, lo(s) excluido(s) siempre retorna(n) como un futuro esperanzador -quizás imposible pero- que nunca acaba.

Reflexiones finales

Para finalizar se puede afirmar que el discurso y la lectura afectiva de un “nosotros” que amamos y unos “otros” que odian no solo perfoma la consistencia de un sujeto idealizado heterosexual, blanco (descendiente de europeos y por ende no indígena), no-peronista, meritocrático, sino que provoca una inversión paradójica con alta efectividad: las víctimas de la violencia del gobierno no son lxs desheredados, desplazados, desarraigados, precarizados, sino los instigadores del odio, los que no devuelven el amor y rechazan la unión que nos propone el macrismo. Son todos aquellos que no aceptan *motu proprio* cerrar “la grieta” entre Capuletos y Montescos pagando con la propia vida, como lo hicieron Romeo y Julieta. Porque, en definitiva, esa es la lógica y la invitación de Cambiemos: un auto-sacrificio, una renuncia a nuestras condiciones sociales, políticas, económicas de pervivencia...